

## **La culpa vasca**

*(El Correo, 6. 01.1999)*

Contra lo que proclaman ciertas voces tentadoras, pero engañosas, en toda batalla hay vencedores y vencidos; rechazable sólo es el ensañamiento del vencedor, la humillación del vencido. En la batalla que aún libramos con ETA y sus aliados, desde luego, debe ganar la causa más próxima a la verdad y la justicia y salir derrotada la contraria. Pues bien, si el alto el fuego ha sido un triunfo de la ciudadanía, ¿dejaremos ahora que ese triunfo se nos escape de las manos y que la derrota del perdedor se trueque en su victoria? Si el nacionalismo vasco es de verdad democrático, ¿sabrá enfrentarse a las pretensiones de ETA un gobierno nacionalista que sólo gobernará con permiso de los delegados de ETA? Mientras había que defenderse del terrorismo, podíamos confiar nuestra protección a las fuerzas de seguridad. Pero en el combate civil en el que ahora entramos, y que no ha hecho más que empezar, sólo disponemos de la fuerza de nuestro coraje y de nuestras razones.

Porque ocurre como si la prolongada contienda hubiera ido desgastando los ánimos del ciudadano y otorgando al enemigo algún reconocimiento inmerecido de su causa. Se ha matado demasiado y sufrido demasiado como para no buscar alguna justificación de la matanza. El grueso de la sociedad habría repelido la inhumanidad de los medios del terror, es cierto, pero a cambio de bajar la guardia ante lo absurdo de sus presupuestos y lo injusto de sus fines. Poco a poco se habrían instalado como “normales” presuntos derechos y airadas reivindicaciones que distan mucho de ser legítimos o razonables. Metamos en este saco la abusiva política de normalización lingüística, las torpes soflamas sobre la unificación territorial, el infundado derecho de autodeterminación... y tantas actitudes viciadas y falsos conceptos que infectan la mente colectiva sin más apoyo que la ignorancia o la cobardía. Algún día se medirá la responsabilidad de quienes -desde la política, la Universidad o la Iglesia-, en lugar de afinar la capacidad crítica de las gentes, contribuyeron complacidos a embotarla.

Pero hay que repetir que lo irracional sigue siendo irracional, y lo injusto injusto, ya se defiende por medio de pistolas, a base de “presión social” o con machacones discursos. Mal que a muchos les pese, habrá que admitir que tantos asesinatos, secuestros y extorsiones no han aportado un gramo de legitimidad a una causa que carecía de ella desde el principio. Todas y cada una de esas presencias del horror no han sido los efectos inevitables de un conflicto anterior e irresoluble por vía pacífica, sino más bien los jalones con los que se ha ido inventando la causa y engrosando el conflicto. El vasco es, desde luego, un problema político: ni más ni menos que *el del déficit democrático de la sociedad vasca*. Es el problema engendrado por una parte de la población que no acepta poner su proyecto político en pie de igualdad con los de sus conciudadanos vascos. No hay, pues, que ceder por igual allí donde las responsabilidades en el desastre son muy desiguales ni buscar equidistancia donde pretende asentarse la desigualdad civil. Entre la libertad política y la opresión, entre la democracia y sus contrarios, no existe término medio, porque el término medio radica justamente en esa libertad política y en el gobierno democrático. ¿Y qué otro “proyecto común” valdrá para nosotros, si no es el que permite debatir los diversos proyectos particulares y escoger con libertad entre ellos? No la construcción nacional, que es cosa de los nacionalistas, sino la *construcción democrática*, que es tarea de todos: esa es la crucial decisión que tomar en el ámbito vasco.

Ya es vergüenza soportar que una banda armada, sabedora de que nuestra voluntad se aleja de la suya, nos mantenga todavía como a menores bajo libertad vigilada. Pero más decisivo aún que la lucha contra ella es la incorporación civil de sus huestes; lo más costoso todavía no va a ser alcanzar el desarme militar de unos pocos, sino la conversión política de bastantes más. Para ello habrá que rehacer una trama ciudadana hoy desgarrada, reimplantar un pensamiento cívico que ahora está deshilachado por la violencia y sus inicuas justificaciones. Entretanto, será imposible restañar del todo las heridas y enterrar definitivamente a los muertos. Y es que nuestro mal colectivo ni empieza ni se acaba con ETA y persistirá bastante tiempo después de que haya desaparecido ETA. Sólo se trata de abreviar en lo posible el período de nuestra curación.

No nos vayamos entonces a confundir: la tolerancia tiene un límite que no se ha de rebasar. Frente a lo intolerable y al intolerante, o sea, frente a todo lo que desprecie al ser humano e incite a su ofensa, nos toca ejercer activamente la intolerancia. Mientras ETA asesinaba, y aunque costó sacudirnos la complicidad, era fácil ser intolerante con los asesinos y no consentir sus crímenes. Es ahora, en esta fase en que ETA ha dejado provisionalmente de matar, cuando resulta más difícil sostener el deber de esta justa intolerancia. Hasta se diría que, suspendida la violencia criminal, la tolerancia se presenta como la primera obligación ciudadana y, lo contrario, como una intransigencia maniática y sospechosa, un obstáculo para la paz anhelada. ¿Qué otra cosa querría esta sociedad desangrada por el terror y aturdida tras tanto griterío, sino que la dejen en paz aun al precio de conceder cuanto haga falta?

Pues no, ya ven, hay que gritar de nuevo y bien alto que NO. Los asesinatos, las amenazas, las agresiones fueron sin duda intolerables. Pero la falsedad en los principios, la prepotencia en la conducta civil, el olvido de los crímenes y la mentira acerca de las víctimas, que es la herencia presente de aquella siembra sangrienta, no lo son menos y debemos resistirlas con toda la virtud de nuestra intolerancia. La blandura opuesta, hecha de indiferencia, miedo o resignación, sería una traición a la verdad de los hechos, a la justicia política y a la debida reparación de los agraviados.

Constituye un misterio doloroso cómo sea posible a un tiempo condenar la barbarie y bendecir las sinrazones que atizan esa misma barbarie. En la última epístola de monseñor Setién, como en su restante doctrina, hallará el lector la creencia en un solo pueblo vasco, cuando a la vista está que existen tantos pueblos vascos cuantas concepciones acerca de él se dan entre los ciudadanos vascos. Aprenderá también que ese pueblo escogido goza de “derechos colectivos”, una figura jurídica inexistente que sólo puede satisfacerse al precio de sacrificar las libertades individuales. Y, desde premisas tan belicosas, sabrá que la violencia terrorista se explica y *justifica* como producto de la negación de ese pueblo y sus derechos. De suerte que habrá que reducir los derechos de las víctimas, que al parecer no han padecido más que “daños económicos y sociales”, a la vez que se amplían los de sus verdugos presos, al fin y al cabo luchadores por la libertad de su pueblo. No es de extrañar,

por tanto, que el prelado evite requerir arrepentimiento alguno de los criminales y se contente con predicar una angélica y general petición de perdón.

Pero, como ya hiciera Jaspers en la Alemania de 1945, también entre nosotros ha llegado la hora de confesar la culpa vasca. Será la *culpa criminal* de algunos, la *culpa política* de bastantes, la *culpa moral* de muchos más. Si nos queda alguna salvación personal y colectiva, cada cual habrá de responder de su propia culpa y procurar hacerse perdonar. ¿Acaso hay otro paso inicial hacia una paz que merezca llamarse *justa*?